

les donde la han de invocar. Imposible enumerar todas estas *ciudades de refugio* del siglo XIX; pero me bastará indicaros el camino de Lourdes y mostraros los millones de peregrinos que acuden pregonando su fe y aclamando á María bienaventurada; los incontables enfermos que en la maravillosa piscina recobran la salud corporal; los numerosos moribundos ó muertos á la fe, que allí renacen á la vida espiritual, y tornan á su hogar creyentes y aun apóstoles.

Señores: no es un secreto; la herejía nos invade, y blasfema de la Virgen Socrosanta, y pretende no sólo arrebatarle, cual Nestorio, su divina maternidad, sino aun su corona de Virgen sin mancilla. Á nadie se oculta que la corrupción de costumbres está llegando á tal grado, que nos parece muchas veces hallarnos en pleno mahometismo. La incredulidad también se ha hecho de moda, y aunque la generación presente *finja dudar* y en realidad no sea tan incrédula, ¡qué generación de escépticos no vendrá después de nosotros! Ved, pues, si es tiempo de invocar á María con centuplicado fervor. Herejía, islamismo, incredulidad: estas tres plagas que en otras regiones han caído sucesivamente, sobre nosotros se han desencadenado con infernal simultaneidad. María las destruirá juntas, como las ha aniquilado separadamente otras veces. Bien hayan, Illmo. Señor, los que como Vos, le erigen altares, le restauran templos, acaudillan el movimiento que en honor de María se suscita.

II

Al oirme decir, Señores, que á este templo y á este altar, más que á cualesquiera otros deben dirigirse de preferencia las miradas y los esfuerzos de vuestro Prelado, estoy seguro que una sonrisa de duda ha asomado á vuestros labios. Estoy seguro que más de uno ha exclamado en su interior: "*exageraciones poéticas*; ¿se necesita, por ventura, para alabar á una imagen ó un santuario deprimir todos los demás? ¿No es cien mil veces preferible, sin ir muy lejos, nuestra Basílica de Guadalupe?" Escuchadme, os ruego, atentamente, y espero mudaréis de opinión.

Si en la antigua Ley quiso el Señor ser adorado en un solo Templo, y eligió y santificó un solo lugar para morar en él para siempre con su pueblo escogido, en la época de amor de la nueva Alianza desea, por el contrario, que se multipliquen los Templos y los altares, y que á cada paso se erijan aras en que sea sacrificado á cada instante el Cordero sin mancha. Pero hay lugares que designa la Providencia de un modo especial, y santifica muy particularmente; y esto se nota, sobre todo, en los Santuarios más célebres consagrados á la Madre de Dios.

¿Quién ignora el milagro de la nieve, que atónita miró Roma caer sobre el Esquilino en lo más fuerte del verano, y permanecer sin derretirse bajo los rayos abrasadores del sol canicular? El Sumo Pontífice, á quien

fué explicado en sueños el prodigio, y los piadosos cónyuges que tuvieron igual visión, obedecieron desde luego los mandatos de lo alto, y edificaron en el lugar designado la Iglesia de Santa María la Mayor. Allí se colocó la cuna de Nuestro Divino Redentor, allí se expuso á la veneración de los fieles una de las imágenes de la Virgen Santísima, debidas al pincel del Evangelista San Lucas. Pontífices y fieles consideraron siempre un deber conservar y embellecer la suntuosa Basílica; y para excitarlos á ello no fueron necesarias nuevas revelaciones ni nuevos prodigios. Ni en la época de Roberto Guisardo sufrió detrimento, ni padeció durante la larga residencia de los Papas en Aviñón, ni se ha menoscabado su esplendor en medio de las ruinas materiales y morales que han acumulado en derredor los nuevos poseedores de la Ciudad de los Papas.

Con igual fortuna, aunque no sin vicisitudes, hemos visto elevarse, conservarse, restaurarse y engrandecerse el Santuario de Monserrat. Desde que la imagen oculta en la caverna durante la persecución mahometana, milagrosamente descubierta, señaló, milagrosamente también, el lugar en que la Augusta Señora que representa deseaba ser venerada entre aquellos escarpados riscos, los soberanos de Barcelona y los piadosos fieles de los contornos escucharon dóciles la voz del Señor. Salvo breve interrupción, ocasionada por desastrosa guerra, las alabanzas á la Virgen Madre han resonado siempre bajo aquellas bóvedas suntuosas, proferidas por millares de peregrinos en dulce armonía con los coros, primero de religiosas y más tarde de monjes, discípulos unas y otros del glorioso patriarca San Benito.

Si se trata de nuestro propio Santuario de Guadalupe, testigos sois del apresuramiento con que clero y pueblo, conquistadores y aborígenes, obedecieron las órdenes del cielo. Primero una ermita; luego un templo mejor; por último, una Basílica, se edificó á la milagrosa imagen, y ni en los tiempos más aciagos han faltado los dones, ni escaseado las ofrendas, ni cesado los sacrificios. La magnificencia del Santuario ha corrido siempre parejas con los progresos en la arquitectura y en las artes decorativas en esta región del Nuevo Mundo. Jamás ha dejado de predicarse la divina palabra; jamás se han interrumpido los divinos oficios; nunca se ha contemplado vacío el sagrado recinto.

No corrió tan próspera suerte la otra imagen de la Virgen de Guadalupe que se venera en Extremadura. El Sumo Pontífice San Gregorio Magno estaba unido con lazos de estrechísima y santa amistad á San Leandro Arzobispo de Sevilla. Aun en medio de las fiebres que lo devoraban se acordaba de su lejano amigo, y escribía para él, y le enviaba sus comentarios al libro de Job. Una vez acompañó el envío de sus lucubraciones con una imagen de la Virgen Santísima, ya renombrada por sus prodigios en la misma Roma. Un nuevo milagro hizo ésta en el camino, librando á la nave que la llevaba de inminente naufragio, que habría hecho perecer juntamente con muchas vidas el precioso manuscrito del sabio Pontífice. El Venerable Arzobispo y el pueblo todo de Sevilla recibieron la imagen en triunfo; mas ¡ay! ¿quién soñaba entonces en erigir nuevos templos? Los sarracenos amenazaban ya invadir á España, y todos, especialmente los que moraban cerca de las costas africa-

nas, auguraban días de luto á la religión y á la patria. No en rico altar ni en espléndido santuario colocó el buen Prelado la divina imagen, cara y venerable por mil razones; sino que la sepultó, aunque con lágrimas, en lóbrega caverna. Allí permaneció seis siglos sin honores ni culto, mientras en torno suyo luchaban moros y cristianos; y se necesitaron nuevos prodigios para descubrirla é indicar á los españoles, que también aquel lugar había designado la Madre de Dios para morar como soberana, y recibir los homenajes que por tanto tiempo se le habían negado.

De igual manera otras imágenes de la Reina de los Cielos han permanecido escondidas á las miradas de los hombres y privadas de los honores que el Señor les decretara, ya sepultadas en las ruinas de derribada ermita, ya olvidadas en profanado santuario, ya despedazadas entre escombros, ya cubiertas con capa de espesa cal, ya de propósito encerradas tras de gruesa pared. Para obligar á los mortales á tributarles el honor debido, la Providencia ha tenido que multiplicar los milagros y repetir una y mil veces sus órdenes; y sólo se han llevado á cabo sus sabios designios después de calamidades públicas como pestes, guerras, hambre, inundaciones ú otras plagas que han excitado la piedad y forzado á los afligidos fieles á recurrir á la intercesión de María.

Vosotros mejor que yo conocéis la historia de este templo y de esta imagen, y no hay para que repetir lo que de cierto os habrán recordado ó refrescarán en vuestra memoria los doctos oradores que me han precedido ó sucederán en esta sagrada cátedra. Ni mano de ángeles, ni el pincel de San Lucas trazó ese bello cuadro que

contemplamos; ni fué mandado en regalo por Pontífice alguno á esta Iglesia, entonces naciente. No hubo apariciones ni visiones, cuando se inauguró su culto; y del modo más natural la copió de otro lienzo, sobre esa pared de tierra, mediano pintor. ¡Y sin embargo, la Providencia ha manifestado con evidentes y repetidas señales que ha designado este lugar para que aquí se tributen especiales cultos á la Madre del Altísimo, y sea el punto de reunión de peregrinos de todas partes de nuestra República!

No ignoráis que los hombres han desconocido estas señales. Invocaron, es cierto, á la Consoladora de los afligidos en este mismo sitio, cuando las inundaciones de 1580 y 1607 consternaron á los habitantes de la Capital, y particularmente de este barrio. Á ella acudieron en el terremoto de 1776; pero pasado el peligro se olvidaban de la que los había protegido, y cesaban en esta comarca las alabanzas de la Reina de los Ángeles. Los momentos de entusiasmo fueron pasajeros; ó (como en 1737) se inventaron falsos milagros, y se le tributó un culto sacrílego que más bien semejaba á las antiguas bacanales; al grado que Dios, por medio de sus representantes en la tierra, manifestó su indignación por tales desmanes, y ocultó á las miradas de la plebe una efigie que debía servir para la edificación de su pueblo, y que la perversidad de éste convertía en objeto de escándalo.

Y sin embargo, allí permaneció la imagen invitando á los ingratos mortales á edificarle un templo digno de aquella á quien representa. La bañaron las inundaciones; intacta quedó la pared y el sagrado cuadro en ella

pintado. La conmovieron los terremotos; no se desmoronó. La cubrieron los escombros; nada sufrió. La mandó ocultar y casi destruir la autoridad eclesiástica; á todo sobrevivió la milagrosa efigie. Más de una vez cayó derribada la ermita ó santuario que mal la albergaba; á ella nunca llegó la furia de los elementos. Veinte veces manifestó la Reina del Cielo que deseaba aquí ser alabada y honrada dignamente, y veinte veces los hombres permanecieron sordos ó por lo menos olvidaron sus palabras.

Cuando vosotros y yo la conocimos, ya no era una triste y arruinada ermita la que cubría la sagrada imagen. Los esfuerzos de José de Haro, y más tarde el Doctor Santiago; los afanes de los inolvidables Padres Lerdo y Rivas, habían ya logrado construir y exornar un templo digno de este nombre; ya afluían los donativos de piadosas matronas, y ya el oro y el mármol empezaban á relucir en este sagrado recinto.

Pero el Señor no quiso conceder á estos beneméritos varones la gracia de erigir á la Reina de los Ángeles un trono terrestre, que pusiera su bendita imagen fuera del alcance de las inundaciones y á salvo de los terremotos. Como en un tiempo á Salomón, reservó á otro ministro, su predilecto, la gracia de que pudiera edificar su casa y sus atrios. Loemos, como es debido, esa actividad y esa constancia, que más parecen de un joven lleno aún de aspiraciones y de esperanzas, que no de un anciano que renunció á dignidades que ya poseía, para venir á ser abyecto y humilde en la casa de su Reina y Señora. Ved cuál comunicó su fuego y su celo al egregio arquitecto, que poniendo á servicio de la Iglesia los adelan-

tos de la ciencia, transportó sin que se desmoronara ni sufriera, la deleznable pared en que admiramos la imagen de la Madre de Dios, y elevó sobre ella, cual gigantesco dosel, la atrevida cúpula que cubre nuestras cabezas. Admirable es, en verdad, su obra; pero el olvido y la ingratitud de las generaciones pasadas, sólo pueden repararse con nuestra constancia en venerar aquí á María y en dirigir nuestras peregrinaciones á este Santuario. He aquí por qué no he vacilado en afirmar, Illmo. Señor, que vuestras miradas y vuestros esfuerzos y los de vuestro pueblo, á este altar y á este templo deben enderezarse de preferencia. En otras partes el llamamiento de María se ha escuchado desde luego, y todas las generaciones, una en pos de otra, la han aclamado bienaventurada. Aquí toca á la presente redoblar su celo y su devoción, para hacer olvidar la apatía de nuestros antepasados y centuplicar nuestras alabanzas en desagravio del silencio de los que nos precedieron.

III

Os prometí ser breve: perdonad, Illmo. Señor, si no he podido cumplir mi promesa; pero no temáis, que ya no os cansaré largo tiempo. Acabo de indicar que la incredulidad que reina en torno nuestro es más bien afectada que verdadera; pero sin embargo, existe la incredulidad. No sólo, sino que contradiciendo con los hechos la profesión de tolerancia, de que se jacta la generación presente, se hace, y de una manera violenta, propaganda de incredulidad. "Cree ó muere," era la máxima de los mahometanos de antaño. "Deja de creer ó perece" parece ser la fórmula de los llamados progresistas del día; y haciendo uso de cuantos medios tienen á su disposición, procuran borrar del ánimo de todos la idea de una vida sobrenatural, y sumergir á la nación en el más grosero materialismo. ¿No los oís atribuir á la efigie que veneramos en Guadalupe, el nombre de la falsa divinidad á que allí rendían los aztecas execrable culto, y decir que una y otra son igualmente ficciones indignas? ¿No los oís hablar de Jesucristo como de un filósofo grande, sí, pero que no fué más que hombre, á semejanza de Platón ó de Sócrates? No les conviene que haya un lugar de eterno castigo, ni espíritus atormentadores del hombre delincuente, y niegan la existencia de Satanás y sus tenebrosos ministros. Les fastidia la presencia de un ángel que

los siga por todas partes y sea testigo de sus perversas acciones, que ocultan cuidadosamente á los ojos del mundo; y no pudiendo deshacerse de tan molesto custodio, niegan hasta su ser, y pretenden relegarlo entre los mitos que hacían creer á los antiguos paganos en las ninfas que guardaban los árboles y moraban en las fuentes y los ríos.

Deber del creyente en tales circunstancias es manifestar su fe en lo divino y sobrenatural á cada momento y en todas ocasiones, y revestir su culto de tales formas que ellas mismas den solemne testimonio de esa firmísima fe. He aquí por qué me agrada, sobre todo, venerar hoy día á María Santísima bajo la advocación de Reina de los Ángeles. Siento ternura inexplicable al arrodillarme con ella al pie de la Cruz, y al suplicar á esta fuente de amor que me enseñe á llorar mis culpas que enclavaron en el infame madero á un Dios hecho hombre. Pero el incrédulo no comprende ni mi devoción ni mis lágrimas, y se figura, tal vez, que sólo compadezco, como él, á la madre del filósofo que espira por defender sus utopías en inmerecido patíbulo. Me gozo en acompañar á María al establo de Belén, y en contemplarla, con los pastores, sosteniendo en su falda al *Emmanuel* deseado, al *Dios con nosotros*, que encarnó en sus purísimas entrañas sin violar su virginidad. Pero el incrédulo se pondrá á mi lado, y en aquella á quien yo venero como intacta Virgen y Madre nunca manchada, él verá tan solo á la madre amable de un niño como todos, aunque el cuadro que nos encanta sea tipo de la santa familia y casto hogar, que aun al que no es creyente agrada y embelesa.

Pero si adoro y proclamo á María Reina de los Ángeles, hago un acto de fe tan inequívoco, tan claro y tan patente, que el incrédulo no podrá permanecer á mi lado, y como Lucifer, al *Quis sicut Deus?* del Arcángel Miguel, caerá herido de rayo en la presencia de Aquélla que si es hermosa y apacible como la luna, es también terrible como ejército bien alineado en orden de batalla. Sí, yo confieso la existencia de esos seres espirituales é incorpóreos de que nos habla tan á menudo la Sagrada Escritura; que hablaron á los Patriarcas y á los Profetas, que custodian á los hombres y las naciones. Yo confieso la existencia del Arcángel Rafael, que acompañó á Tobías en su viaje; de Gabriel, enviado á anunciar la Encarnación del divino Verbo; de Miguel, que combatió victoriosamente contra Lucifer y sus ángeles. Yo adoro rendido á los Serafines de que nos habla Isaías, inflamados en amor de Dios; á los Querubines de que escribía San Pablo á los Tesalonicenses, dotados de altísima ciencia; á los Tronos, en quienes habita la Divinidad más íntimamente y son fuentes de seguridad y de paz; á las Dominaciones, cuya potencia resplandece tanto sobre las demás criaturas; á las Potestades, que reprimen y rechazan á los demonios; á los Principados, que reflejan la majestad de Dios; á las Virtudes, que obran milagros y recogen los rayos de la Eterna Luz.

¡Y cuánto me regocija, oh María, que seáis vos la Reina de esta creación invisible, de estos seres tan superiores á nosotros, á quienes no tengo, no, envidia; por quienes profeso la más profunda admiración! Los Ángeles os sirvieron en la cuna, os guardaron, os alimentaron, os condujeron durante vuestra vida mortal, os lle-

varon en triunfo á los cielos, donde ahora y por toda una eternidad os alaban y engrandecen como á Madre de su Dios.

Dignaos permitir que os alabemos dignamente en la tierra y que también esta nuestra generación, aunque depravada é ingrata, os proclame sin cesar bienaventurada. No desamparéis este templo erigido en vuestro honor; morad en él continuamente, y desde ese trono nuevamente enriquecido, bendecid al Prelado que tanto os honra, al sacerdote que tanto trabaja en vuestro honor, al pueblo que clama á Vos y se acoge á vuestro patrocinio. Haced que la cohorte de espíritus angélicos que aquí os acompaña, nos circunde igualmente á los que nos gloriamos de ser vuestros hijos, y nos ampare y defienda contra los asaltos de la herejía, de la corrupción y de la incredulidad. Reina de los Ángeles, rogad por nosotros.

